

Mária Szepes

El león rojo



Cuando Hans Burgner oye hablar por primera vez de la Piedra Filosofal y el Elixir de la Vida, resuelve alcanzar a cualquier precio el dominio de tales conocimientos, sin detenerse ni siquiera ante el asesinato. Esta decisión marca el comienzo de una emocionante aventura, a la vez alquímica y espiritual, que se despliega a lo largo de varias vidas en sucesivas reencarnaciones, y que va de la Alemania del siglo XVI a la Francia del siglo XIX, hasta llegar a su culminación en un místico Tíbet espiritual.

El león rojo es una narración imaginativa y apasionante que combina de un modo magistral lo histórico con lo esotérico, y en la que el fuego de todas las pasiones humanas sirve finalmente para refinar el oro del espíritu. Publicada en Hungría, esta novela permaneció desconocida para el lector occidental durante varios decenios hasta que el éxito de su edición alemana la impulsó más allá de las fronteras de su país.

PRAELUDIUM

EL MANUSCRITO DE
ADAM CADMON

La carta de Adam Cadmon me llegó hace muchos años, en el verano de 1940. Por entonces yo vivía en una casa pequeña de la que, a excepción de algunos amigos íntimos, nadie sabía nada. Era una granja de una sola planta, con un porche cubierto de parras silvestres, contraventanas verdes y paredes encaladas, situada en la suave pendiente de una colina y protegida por la sombra de viejos y aromáticos tilos. No se podía llegar a ella ni en tren ni en coche, y desde la estación de ferrocarril más cercana había una hora de camino por una región de colinas. El correo tan sólo llegaba tres veces por semana al «Arca de Noé», que es el nombre que yo había dado a mi refugio. Había hecho reformar las habitaciones para convertirlas en estancias cómodas y modernas, pero aun así tenía que bombear el agua a mano para que subiera hasta los depósitos, y por la noche debía servirme de lámparas de petróleo y velas. Sin embargo, en 1940, las personas sensibles abandonábamos gustosas las furibundas bendiciones de la llamada «cultura» para emigrar hacia un pasado «más primitivo».

Desde mi porche y mi ventana la vista abarcaba las extensas colinas pobladas de vides, a cuyos pies resplandecía el curso del Danubio.

Había elegido la casa en un lugar tan oculto e inaccesible como aquél deliberadamente y tras mucho buscar, pues tenía la sensación de que nunca podría terminar mi obra si no conseguía liberarme del ajetreado ambiente de la gran ciudad.

Debido a mi profesión estoy atado a la ciudad, y en mi calidad de director del departamento neurológico de un gran hospital parecía bastante improbable que pudiera liberarme de la carga de mis obligaciones. De entre todas las diferentes carreras que existen, quizá sea la de médico la más esclavizante, ya que se trabaja en un ámbito donde las cosas no pueden controlarse. Cada acontecimiento sobreviene de forma inesperada y con escalofriante premura, y no tolera ningún aplazamiento.

La orientación que yo seguía, como pionero, me puso ante un grave dilema: tanto el ejercicio de mi profesión como mi libro exigían una dedicación exclusiva. Aunque llevaba años acumulando material para el libro, aún tenía mucho que leer para aclarar ciertos detalles. Intenté sacrificar parte de la noche, pero eso repercutió de forma negativa, no sólo en mi salud, sino también en mi trabajo. Tenía que enfrentarme a problemas que requerían un esfuerzo de concentración sostenido, pues de lo contrario mis tesis empezarían a debilitarse y acabarían siendo un magnífico blanco de ataque; no podía defender un auténtico acontecimiento de importancia capital con argumentos ambiguos, malos e insuficientes. Tras largos titubeos y algunos compromisos, solicité finalmente un permiso de cuatro meses por motivos de salud y me entregué a la tarea como quien se lanza al abismo: con el ánimo exaltado y con unos remordimientos de conciencia casi imposibles de acallar, que sin embargo fueron superados por mi íntimo apremio. Así pues, designé a mi asistente más capaz para que me sustituyera en el hospital y me retiré sin más de este mundo.

La mágica paz de la soledad y el trabajo no me cautivaron de inmediato. Durante la primera semana aún bullían en mí los casos que había abandonado de un día para otro y revoloteaban a mi alrededor como moscardones inquietantes; pero luego los aplasté sin misericordia con aquel sano escepticismo que afirma que el ser humano, en general, no es imprescindible, porque si lo fuera no sería continuamente substituido por la muerte como los billetes de banco que se retiran de la circulación. Universalizar el método que yo había descubierto, confirmado por medio de experimentos y demostrado en la práctica, y detener la enfermedad en sí misma, me parecía mucho más importante que la puntillosa preservación de la continuidad o el tratamiento de algunos pacientes aislados. Puesto que en este libro yo sólo tengo un papel accidental, no quiero extenderme sobre la naturaleza de mi trabajo sino en la medida en que contribuya a explicar en cierto modo la figura y la aparición de Adam Cadmon y en tanto que guarde relación con su singular historia.

Desde hace veinticinco años me ocupo de personas que padecen trastornos mentales, y hace más o menos diez que, abandonando el callejón sin salida de las consideraciones establecidas, emprendí un camino completamente nuevo, sin que hasta ahora haya publicado mis experimentos y resultados. Conozco y respeto la cautela con que actúa la ciencia y su rechazo, a menudo exagerado, frente a aquellos que quieren abrir nuevas sendas, por lo que estaba dispuesto a que mi trabajo fuese ridiculizado, a que acabara sometido al fuego cruzado de numerosas animosidades o a que, en definitiva, fuera ignorado; pero todo ello no me importaba en absoluto. Algunos de mis discípulos más destacados, a los que más adelante no se podrá excluir sin más del ámbito de la ciencia médica, están ya lo bastante «contaminados» para curar empleando mi método. Nuestras estadísticas ofrecen cifras respetables, y nuestros pacientes, esos fantasmas que andan

errando en tierra de nadie, se convierten de nuevo en seres humanos.

He llamado a mi método metapsicoanálisis. Por «psique» entiendo la inteligencia inmortal que, en esta Tierra, alcanza su culminación en la conciencia del ser humano. Pero en relación con las dimensiones ilimitadas del espíritu, esta culminación es como un grano de polvo en el Cosmos. La enfermedad del alma consiste en un defecto del vínculo entre el cuerpo y el alma, una alteración de los órganos que establecen esa comunicación. El médico del alma debe identificar ese fallo del cuerpo, diagnosticarlo y corregirlo con toda la exactitud del método clínico. Si sólo se dedica a tratar síntomas, puede llenar de muertos vivos los establecimientos dedicados a la atención de enfermedades nerviosas, y por lo tanto, también este mundo. Por supuesto, no me refiero aquí a los trastornos orgánicos del cerebro que influyen negativamente en toda una vida humana; hablo de las enfermedades del alma, invisibles e imposibles de localizar, que desencadenan de forma paulatina cambios enfermizos en el organismo.

Esta revolución general del espíritu y también de la ciencia médica ya no puede condenarse al interior de un frasco, como el genio del cuento, porque los tiempos están preñados de ella, el latido de su corazón resuena en el mundo y su nacimiento está a las puertas. Para explicar todavía con mayor claridad lo herético de mis puntos de vista frente a la ciencia, quiero reconocer con toda franqueza las relaciones ocultas de mi orientación. Creo en Hermes Trismegisto, proclamador de la doctrina de las analogías, y en las antiguas tradiciones, cuyas raíces se pierden en un formidable pasado prehistórico como en una niebla que ahora, poco a poco, empieza a dispersarse. También en épocas anteriores la Verdad salió a la luz, pero las gentes se comportaron ante ella como gnomos malvados. Baste con recordar a Paracelso, cuyos colegas envidiosos le destrozaron el cráneo, un cráneo por el que en vano se ha-

brían ofrecido miles de otros a cambio. Tampoco se puede obtener oro a cambio de tierra, aunque la ofreciéramos a toneladas.

La carta de Adam Cadmon contenía tan sólo unas pocas líneas:

Muy distinguido señor profesor,

Tengo la esperanza de que con mi visita pueda hacerme perdonar el hecho de haberle molestado en su trabajo. Sólo pretendo abusar de su hospitalidad durante dos días. Lamento no poder comunicarle el momento exacto de mi llegada, porque depende todavía de algunos asuntos que debo resolver, pero espero emprender el viaje esta misma semana.

Hasta que nos veamos en persona, le saluda de todo corazón

Adam Cadmon

Así firmaba: Adam Cadmon. La carta había sido echada al correo en Budapest.

Mi primer pensamiento fue que alguno de mis amigos se había permitido gastarme una broma. Mi dirección sólo la conocían tres personas: mi asistente, mi ama de llaves en Budapest, y un distraído colega soltero con el que había librado interminables batallas sobre el tablero de ajedrez y que se encontraba en el hospital tras una operación de cálculos biliares. Su lealtad estaba fuera de toda duda. Sabía que ellos no habrían revelado mi dirección a nadie, y mucho menos a un desconocido. Por lo tanto, ¿de dónde había sacado mi dirección ese Adam Cadmon, que se atribuía un nombre cabalístico que significa «Cosmos»? ¿Y qué quería de mí?

Mi enojo, provocado por el pretendido trastorno, fue barrido por mi curiosidad. Tanto de la carta como del nombre emanaba algo mágico. Una y otra vez volvía a releer ese escrito, que me preocupaba y me fascinaba al

mismo tiempo. Observaba y examinaba la delicada escritura rectilínea e inclinada, incomparable y singular; en esa escritura había algo que me recordaba los jeroglíficos. Además, en el sobre no sólo aparecía escrito mi nombre con toda claridad, sino también el nombre de la casa, que yo no había anotado en ninguna parte y que sólo había mencionado a mis amigos: «Arca de Noé». El enigma me parecía indescifrable, y con cierta excitación febril me dispuse a esperar la aparición de Adam Cadmon.

Descubrí que por las mañanas, al despertar, mi primer pensamiento iba dirigido a la posibilidad de que hubiera llegado. Al tercer día no pude soportar más aquella incertidumbre. Con el pretexto de ir a comprar cerillas, velas y algunas provisiones, bajé caminando a la estación. Pero nadie descendió del tren. Sin embargo, cuando regresé pude comprobar que mi visitante acababa de llegar a casa.

Estaba sentado en el porche y, al verme, se levantó, se acercó a mí y me alargó la mano.

No habría podido determinar su edad con exactitud. En todo caso, no era viejo. Tenía el rostro pequeño, de facciones delicadas y exento por completo de arrugas. Pero tampoco era joven ya; no sabría decir por qué, pero esta palabra era del todo inadecuada para describirle. Sería mejor decir que parecía atemporal, que más bien causaba una impresión como de perpetuación en el presente. Sus rasgos tenían un ligero aire mongólico y su cutis era algo moreno, pero no demasiado diferente a como se da también en Europa. Resultaba difícil apartar la mirada de sus brillantes ojos almendrados, de un color verde azulado. La frente, ancha y despejada, con sus nobles protuberancias y las sienas delicadamente arqueadas, era para el experto frenólogo como una obra de arte de la naturaleza. El pelo negro, de un brillo mate y peinado con severidad hacia

atrás, descendía pegado a la cabeza hasta la nuca. Llevaba un traje blanco de verano que parecía bastante cómodo. Pero mis palabras no pueden transmitir lo esencial de su apariencia. ¿Cómo podría, por ejemplo, describir su mirada alegre, penetrante y confiada, capaz de despertar un eco en las profundidades más hondas del alma? En ningún momento me pareció un extraño, aunque yo ni siquiera supiese cómo se había establecido la relación entre nosotros ni cuál era la naturaleza de esa relación.

Con su voz suave y uniforme, lo primero que hizo fue recabar información acerca de mi trabajo. Trabajamos conversación y, por extraño que parezca, no me sorprendió descubrir que estaba muy bien informado. Incluso cuando citó pasajes enteros de mi libro supuse que los habría leído en alguna revista de medicina; pero en mitad de la conversación me interrumpí desconcertado, porque las cosas que él decía no las había mencionado en ninguna parte. Aquello sólo lo sabíamos el papel que había sobre mi escritorio, la pluma estilográfica y yo. Eso significaba... Me quedé mirándolo con fijeza y él me sonrió.

—¡No se trata de brujería! Sólo estoy un paso más adelantado en ese ámbito en el que usted también trabaja. En su conciencia, la obra ya está terminada, y yo la he leído. Esta capacidad está latente en todas las personas; sólo hay que desarrollarla.

Esta explicación me llevó de pronto a unos niveles en los que la imagen del mundo adquiriría nuevas dimensiones.

Nuestra conversación derivó hacia el tema de la guerra. Él dijo que había venido a propósito desde Lublin para visitarme, y que dentro de dos días iniciaría el viaje de regreso. Esta revelación despertó en mí numerosas preguntas de diversa índole. ¿Qué se le había perdido a él en Lublin, donde hacía estragos una guerra sin cuartel y reinaba en esos días una terrible represión? ¿Quizás era polaco? Hablaba el húngaro a la perfección, aunque con un

acento extranjero apenas perceptible. En Budapest había pasado un solo día, no conocía a nadie, había venido directamente a mi casa... Pero, entonces, ¿quién había echado al correo la carta en Budapest cuatro días atrás? ¿Y cómo podía él, un simple particular, atravesar las zonas de guerra?

—No soy polaco —respondió él a mis pensamientos—. Me trasladé a Lublin en julio de 1939.

—¿Usted es alemán! —El pensamiento surgió en mí acompañado de una desagradable sospecha—. ¿No será acaso...?

—Vengo de Tíbet —dijo él con sencillez—. Me propuse hacerle esta visita cuando me encontraba allí. Si libra a su alma de todos los pensamientos efímeros, tan efímeros como mariposas de un día, encontrará debajo de ellos la certeza de que me ha estado esperando. Por supuesto, el elegido no sólo espera con el entendimiento, sino con sus intuiciones, sus premoniciones, su inquietud y su fe inagotable, a que un día se anuncie y manifieste lo esencial, aquello que es inexpresable e inalcanzable mediante las estrictas leyes de la vida tridimensional. Entre nosotros dos, la diferencia estriba tan sólo en que usted intuye algo y yo lo recuerdo. Pero eso no tiene importancia para nuestro trabajo en común. Lo importante es que usted tiene conocimiento de estas cosas, que cumple su cometido impertérrito y que ha conservado íntegras sus características.

—¿En qué consiste mi cometido? ¿Quiénes me lo han encomendado? ¿Qué características he conservado? —Las preguntas se abrían paso desde mi interior.

—Las palabras tienen la gran desventaja de que cada uno las emplea en cada ocasión de modo distinto. Primero hay que ponerse de acuerdo en cuanto a su significado, al igual que se sincronizan diferentes relojes. Cuando hablo del recuerdo, me refiero al recuerdo de una vida anterior. Usted sabe y cree que la reencarnación es una realidad, usted posee sus propios conocimientos e intuiciones.

Yo me acuerdo. Usted tiene la sensación de que hoy no nos encontramos por primera vez; yo lo sé. Usted se ha retirado a este lugar, al «Arca de Noé», obedeciendo una orden interior, a fin de terminar su obra, que es necesaria para el futuro. Pero yo sé que esta orden interior es un encargo procedente de aquel lugar en donde los revolucionarios del espíritu preparan los nuevos eones a través de los conspiradores de alma renovada. Usted pertenece a ellos sin saberlo en esta vida, pero yo puedo asegurarle que en su momento prestó ese juramento de manera consciente. Esto es tan claro como la luz del sol, ¿no es cierto?

Asentí involuntariamente, aunque esa «claridad» más bien me cegaba en lugar de hacerme ver. Durante todo el tiempo que Adam Cadmon se alojó en mi casa, estuve inmerso en un extraño entusiasmo que me cautivaba con fuerza. En su presencia yo era incapaz de discutir, de analizar y de ofrecer resistencia. De vez en cuando, aparecía en mi mente la sospecha de que quizás era víctima de alguna sugestión, ya que cada una de las palabras que él pronunciaba contra mis conocimientos, contra hechos palpables que podían demostrarse con argumentos, me alcanzaba con tal fuerza persuasiva que incluso la menor de mis dudas se disipaba. Pero yo había realizado suficientes experimentos, precisamente con la sugestión, para saber que ahora me encontraba frente a cosas de una índole muy distinta. No había en él ningún intento de cambiar mi estado anímico, ni la más ligera corriente de violencia; se limitaba a ser él mismo, con aquel dominio de las fuerzas y capacidades mentales, y sus manifestaciones no estaban llenas de la dubitativa y humana inseguridad, sino repletas de una penetrante y grave seguridad.

Después de cenar nos sentamos en el jardín. Sobre nosotros el cielo se oscureció y se llenó de estrellas. Los signos

del zodiaco pintados sobre una cúpula invisible brillaban a nuestro alrededor. La Vía Láctea se derramaba sobre el horizonte como una corriente oscura, cargada de misterio. En la proximidad de una gran luna llena refulgían dos planetas de brillante claridad: Saturno y Júpiter en estrecha conjunción. Mi mirada quedó prendida en esos dos cuerpos celestes y reflexioné acerca de su poder, de sus fuerzas opuestas, que sin embargo se complementan una a otra. Júpiter es el gran benefactor, llameante, lleno de impulso, constructor; Saturno, por el contrario, es el inhibidor, el que produce aflicción y por medio de ella enseña. Júpiter es amigo del Sol; Saturno, de la gran soledad. El peligro del uno es el fuego; el del otro, la rigidez helada. ¿Qué efectos podía tener sobre este mundo la lucha de ambos gigantes?

—La constelación de los ungidos —dijo en voz baja Adam Cadmon, a mi lado.

Me asusté. De pronto me sentí lleno de la magia de esa noche incomparable. Y la frase de Adam Cadmon respondía con exactitud a mis pensamientos, al igual que la vez anterior.

—La conjunción de Júpiter y Saturno también precedió al nacimiento de Cristo —continuó él con toda calma—. En aquella época la gran conjunción aparecía en el signo de Piscis. Ahora aparece en el de Tauro. Aquella trajo al mundo el cristianismo; ésta trae la revolución filosófica y social, la liberación del espíritu de su servidumbre a la materia. El Mesías que ha de nacer ahora abrirá las puertas a una Nueva Época.

—¿Nacerá un nuevo Mesías? ¿Dónde? ¿Y cuándo? —pregunté incrédulo.

—En Lublin, en abril de 1941. En el gueto de Lublin, allí donde la carga es más pesada y donde reina la más oscura de las tinieblas. Allí, entre los humillados y los atormentados. Su sombra lo precede con mucha anticipación: el hombre del pecado, el infractor de la ley con todo su po-

der y con todos los signos de la mentira ya ha aparecido. Y allí donde su sombra cae sobre la Tierra, allí aparece también su brillante contrapartida, la realidad junto a la ofuscación, el Salvador frente al Anticristo. Y para que se cumpla la escritura y se haga audible el ritmo siempre repetido del eterno oleaje del tiempo, nacerá como hijo ilegítimo de una muchacha judía, una joven agobiada por la aflicción, por la horrible cordura de sus sufrimientos, por la terrible ternura que se muestran unos a otros durante las persecuciones. Esta apacible madre virginal es la imagen de aquella primera madre que hace mil novecientos cuarenta años dio a luz a su hijo en un establo.

Hablaba con voz queda y sobria, pero desencadenó un fuego en mi interior. Me vi aplastado por esa ilimitada certeza, que va más allá de toda comprensión, de que cada palabra era verdad de una forma estremecedora, más verdad que las cosas visibles que me rodeaban...

—Y usted..., ¿por qué vive en Lublin? —Fue la primera pregunta que le hice referida de forma directa a su persona.

—Cuando, llegado el momento, la sabiduría nazca en el establo del odio humano y de la limitación de la sabiduría, irán a visitarla, siguiendo a la estrella, todos aquellos que han sido invitados al bautismo. Yo ya he percibido la llamada. Fie regresado de la anonimía para procurarle un lugar y anunciarlo. He venido para anunciar a los justos: ha llegado el día del que hablan los profetas. Se acercan los días en que los molinos molerán despacio y reducirán a polvo cualquier soporte humano. Habrá un gran fuego que también destruirá los últimos refugios de la materia. No habrá un palmo de tierra ni un palmo de bosque donde el perseguido pueda descansar, donde el acosado pueda ocultarse. El becerro de oro caerá definitivamente de su pedestal. El río de lágrimas no conmoverá el corazón de los demonios inmisericordes. La sangre se convertirá en un mar e inundará tierras, ciudades, calles, casas,

campos, lagos y ríos; porque antes del fresco océano de Acuario, la Tierra será purificada por la sangre.

Aquellas palabras apocalípticas pronunciadas con desasosonamiento tardaron largo rato en penetrar en mi cerebro y en mis nervios. Aturdido, contemplé los oscuros y delicados perfiles del paisaje, donde brotaba el canto de los grillos. Frescos aromas me acariciaban el rostro, el perfume de las acacias y del saúco. Desde una granja lejana se oyó el ladrido de un perro. En la orilla del río croaban las ranas con voz ronca y suave pidiendo la lluvia. Los conceptos de sangre, muerte y malvada brutalidad eludían la pura paz de la noche... Pero de pronto, procedente de las dimensiones místicas del futuro y del *Akasha*,^[1] cayó sobre mí de forma súbita la percepción del horror de los años futuros, esa destrucción y esa corrupción que superaban cualquier concepto imaginable, el desenfreno del odio, la impotencia de las masas indefensas, las convulsiones infinitas y suicidas de una danza demoníaca; de pronto, también el sereno paisaje se llenó de una vida ominosa, un murmullo de voces temblorosas que anunciaban la tragedia y que palpitaban en una desgarradora premonición del horror. Esta sensación fue tan intensa y tan real que me dejó sin respiración y mi corazón empezó a latir desbocado.

—¡No! —grité sin poderme contener, lleno de rechazo—. ¡Semejantes abismos no se encuentran en el ser humano! ¡No hay ninguna alma humana que pueda soportarlo!

—El alma en su naturaleza es tan divina como demoníaca, según sean las fuerzas de la luz o las de las tinieblas las que muevan los resortes que la guían. El alma es la materia prima mudable y sutil del ser. Los influjos que se derraman sobre ella son tan elementales que penetran por todos los puntos desprotegidos y débiles. Ése es el poder del odio. Y aquel que además manifiesta hacia él la más mínima disponibilidad, que no lucha contra él con todas sus capacidades y todos los conocimientos de su espíritu,

es alistado en el ejército de los demonios y está perdido. El odio es la fuerza más terrible y mágica que ha aparecido jamás sobre la Tierra. Vence y supera cualquier otra debilidad humana: el egoísmo, la tendencia a la comodidad, el miedo a la muerte... Espolea el fanatismo hasta la incandescencia y funde a los hombres en una masa que sólo persigue la destrucción, aunque para ello tengan que pagar el precio de su propio aniquilamiento.

—¿Y por qué tiene que suceder así? —grité tan alto que mi voz se derramó por entre los árboles dormidos—. Si detrás de las cosas visibles se oculta un planificador y un plan, ¿cómo pueden entonces abrirse a las fuerzas de la destrucción puertas y portones?

—Justo porque detrás de las cosas visibles se oculta un plan —me llegó su tranquila respuesta—. Ésta es la gran transmutación de la Tierra. Su ser se transforma. Los corrompidos son vomitados, y los pocos que quedan dejan de ser plomo para convertirse en metal noble. Se produce entonces el efecto de una inyección provocadora; la enfermedad sólo se manifiesta en aquellos en los que ya existía de forma latente.

—El ser humano es débil, ignorante e irresponsable. Son sus líderes quienes tienen el conocimiento y carecen de conciencia; el mal uso de la magia negra de la propaganda es culpa suya, no de las gentes. El cerebro degenerado y limitado se ve bombardeado por artículos de fondo y discursos radiofónicos repletos del veneno de las ideas. ¿Cómo defenderse de eso? Sin ideas propias ni bastiones éticos, sólo saben que les falta algo. Son como niños, que al oír al flautista de Hamelin se arrojan ciegos a su destrucción. ¿Por qué se nos castiga con tanta dureza?

—La comparación es acertada. Los seres humanos son como niños que juegan a un juego muy cruel. Son crueles entre sí, hacia todos los seres vivos y hacia sí mismos. Pero la Tierra ya no seguirá siendo por mucho tiempo más un